



ATENEO DE MADRID
Calle del Prado, 21
Madrid 28014

Prensa Ateneo de Madrid. Tfno. 91 429 17 50

EXPOSICIÓN DE CARLOS AQUILINO DEL 1 AL 22 DE OCTUBRE Inauguración: 1 de octubre a las 20:00 horas

Carlos Aquilino: Dibujo, Pintura, Escultura.



**Sala Santa Catalina del Ateneo de Madrid.
C/ Santa Catalina 10. Madrid**

La exposición de Carlos Aquilino en el Ateneo de Madrid muestra aproximadamente 40 de sus obras más recientes - pintura, dibujo y escultura-, una gran parte de las cuales ilustran el catálogo que se publicará coincidiendo con la exposición, con textos a cargo de Suzie Walshe, editora de NY Arts Magazine, quien destaca la calidad mágica e intemporal de la obra del pintor, y de María Teresa Cruz Yábar, historiadora del arte, que describe los cuadros de Aquilino como una terapia para el desasosegado hombre de la ciudad.

Crítica de María Teresa Cruz Yabar. Historiadora del Arte

Carlos Aquilino: de vocación, de profesión y de devoción pintor; artista por instinto. Trabajador constante. Libre en sus pensamientos y en su lenguaje - merecida categoría y condición del que ha pagado por esta libertad el precio de la gloria oficial, de la fama establecida desde unas directrices ajenas al Arte. Exiliado así por convicción, relegado al castigo del silencio, su pintura tiene la fuerza del volcán y abre resquicios, y habla. Siempre a contracorriente de la moda fácil, fiel a sus ideales, a sus consignas, a su mensaje -incómodo para algunos por su veracidad combativa-, se impone, rebelde con causa, pues esta es, sin duda alguna, la Humanidad en la que cree.

Sin otro instrumento de conocimiento de la realidad del ser humano, que los ojos de su profunda sensibilidad; sin otro medio material de transmisión de este revelador misterio de la vida que sus lienzos, unos botes de pintura y sus pinceles, su obra es el relato de sus vivencias: la representación de sus espacios sentidos, de sus saberes viajados, de sus emociones apresadas, de sus sueños recordados y memorias invocadas.

Un absoluto dominio del dibujo y del color en todas sus gamas, desde las más frías a las más cálidas, desde las más apagadas a las más luminosas, un perfecto control de las posibilidades compositivas, de las perspectivas espaciales y de la expresividad de los planos, y una clarividencia en el mensaje con base en un amplio repertorio figurativo surgido de su imaginativa creatividad, son las claves que utiliza Carlos Aquilino para comunicarse con el resto de la humanidad, a la que retrata en mitad de sus dudas, su confusión, sus problemas e inseguridades.

Aquilino marca la necesaria distancia para su omnisciencia, viendo el mundo desde un punto exterior al cuadro; sin embargo este lugar reservado al artista es inundado por el espacio representado, y la aparente lejanía es anulada, condición que le permite darnos una radiografía de la realidad cercana y descifrable, definiéndole así como visionario del presente proyectado en su mundo pictórico imaginado.

María Teresa Cruz Yabar
Historiadora del Arte

EL PINTOR CARLOS AQUILINO

Corría el año 2003, cuando el crítico de arte y por aquél entonces director del MNCARS, Juan Manuel Bonet, escribió un magnífico texto sobre Carlos Aquilino que tituló con absoluto acierto “*Un raro*”. Definía así al artista mientras hacía un ameno recorrido por su quehacer pictórico como introducción al catálogo de la exposición parcialmente retrospectiva que tuvo lugar en la Casa de Vacas del Retiro madrileño.

Se han ido sucediendo los años y con ellos las exposiciones de Aquilino, aquí en España y sobre todo en el extranjero, donde, muy apreciado, ha realizado exposiciones y ha recibido becas y premios en varias ocasiones, lo que dice mucho y muy bueno de él y de su obra.

Y es que, hablando de Carlos Aquilino, hemos de admitir que sigue plenamente vigente -y conviene repetirlo- aquello de que es “un raro” entre los raros. Porque, a pesar de su larguísima trayectoria como artista, en cada exposición nos sorprende, no con un par de cuadros en un nuevo estilo o con un contenido diferente, sino con un mundo entero incomparable respecto a los anteriores; y es que su mundo cambia al ritmo que sus pies de lugar de residencia. Cada casa que habita, cada lugar desconocido que explora y en el que permanece algún tiempo le inspira obras plenamente novedosas que abren una etapa distinta más en su vida y en su carrera.

Su reciente y obligado traslado de su casa en las afueras de Madrid a un piso en la agobiante metrópoli, era percibido con temor por todos los que lo conocemos y sabemos de su sensibilidad a los ruidos desagradables y a las malas formas que se han ido adueñando de la gran urbe. Pero una vez más nos sorprendió con su entereza de ánimo y su despliegue de creatividad para hacer frente a la nueva e incómoda situación de dejar la tranquilidad campestre a la que se había acostumbrado, para encerrarse entre edificios y rodearse de vecinos.

En mi primera y pronta visita al piso de Atocha, al poco tiempo de instalarse, encontré los “viejos” cuadros (si es que así podían tacharse a los que hacía pocos meses, incluso semanas habían viajado a Grecia, estado expuestos en Hungría o colgados en Burgos y pronto habrían de volar hacia Estambul) dados la vuelta enseñando el bastidor como niños castigados de cara a la pared; en el único muro semivacío de aquella casa resplandecía un gran lienzo y en él, alegres y sinuosas formas vegetales de arrebatadores colores parecían venir a nuestro encuentro en una frenética y sensual danza de bienvenida como impulsadas por una energía desbordante de origen incierto.

A este cuadro siguieron varios más que cubrieron las paredes de un nuevo piso – esta vez más grande- que hubo de alquilar para albergar a esos nuevos hijos de tela que surgían numerosos y sin interrupción como arroyos tras el deshielo.

Y estos son los que, en apenas dos años de trabajo, nos presenta hoy como una terapia para el desasosegado hombre de la ciudad que ha perdido la perspectiva de la naturaleza, que ha olvidado el color azul del horizonte, la luz de un atardecer, el aire puro, los campos verdes, las flores de mil colores.

Los protagonistas han dejado de ser las personas del cuadro, reducidas ahora a diminutos y frágiles seres desnudos, que se advierten a veces entre las hojas como insectos recolectando frutos. Ahora son esas plantas que agitan poéticamente sus hojas en el lugar de las manos, con los pétalos de sus flores como cabellos al viento, los tallos cimbreándose donde estarían los cuerpos, piernas y brazos. Son las soberanas de ese lugar paradisíaco, de esa naturaleza rebosante de vida y movimiento; nos hipnotizan con sus bailes, sugiriéndonos paisajes de ensueño, un sinfín de emociones que embargan los sentidos y nos confunden realidad con sentimiento, espacio representado y lugar real de nuestro encuentro. Nos convencen de sentir el viento que las balancea, la luz ténue y rasante de un ocaso que las traspasa, o aquella cálida y sangrante del estío más intenso; sus formas tiernamente retorcidas encuentran el eco en juguetonas nubes casi transparentes que se arremolinan en torno al viento en el azul y el violeta de los cielos.

Amarillos, rojos, naranjas ... es el calor ardiente que domina el campo y envuelve, tiñendo de bronce y oro, la yerba y todas las plantas; éstas, como delicadas ninfas se acercan con lánguidos movimientos a un lago turquesa que refleja a jirones el añil del firmamento y las doradas orillas; o se abanicen sofocadas con sus hojas púrpuras como elegantes viejas damas. No es extraño tampoco ver a los pícaros girasoles atosigar a preguntas -¿o serán piropos que ella no escucha? – a una campesina que solícita se agacha para recoger a los que han sucumbido a las llameantes olas del aire del verano. Arde también su cuerpo -¿o es que se sonroja?- y su cabeza recuerda al botón redondo de la flor de los girasoles.

Pero también hay lienzo para la brisa fresca, para el vendaval incluso, para los atardeceres de invierno, o para tumbarnos en la húmeda yerba cubierta de rocío.

Y es que el pintor nos trae el campo a casa, el aire puro, limpio; el cielo en movimiento, las plantas animadas que se despeinan en sus juegos, que se persiguen o se besan llenas de apasionamiento; gigantes, como en el tiempo primero de la creación.

Creo, secretamente, que Carlos Aquilino sólo quiere compartir ahora el mundo primigenio perdido que ha recuperado como artista creador en sus cuadros, y con ellos la armonía total de la vida. Sus lienzos no decoran, curan como un bálsamo nuestro espíritu que el cemento urbano va empedrando. Hacía falta ya un pintor jardinero de almas en la ciudad, y ha llegado.

María Teresa Cruz Yábar
Historiadora del Arte
Universidad Complutense. Madrid.

<http://www.ateneodemadrid.com/index.php/esl/Sala-de-prensa/Notas-de-prensa/Exposicion-de-pintura-de-Carlos-Aquilino>